

LA EXPERIENCIA DE LA INCLUSIÓN

Raquel de la Fuente Anuncibay

Rosa M^a Santamaría Conde

Universidad de Burgos

Han pasado varias décadas desde la creación en la mayoría de los países de las primeras escuelas con clases especiales, apareciendo ya en 1908 en Francia una legislación que regula clases especiales para personas con distinto tipo de discapacidad física, psíquica o sensorial.

Podemos remontar el proceso de segregación a tiempos de la antigüedad clásica, donde en un marco general de infanticidio por diversos motivos, los deformes, anormales e inválidos eran los que salían peor parados, así, en Esparta se despeñaba desde el monte Taigeto a los deformes y anormales, y lo mismo sucedía en Roma con los niños, inválidos o ancianos.

Avanzando más en el tiempo, con la era de la industrialización, aquellos que no contribuyen a los procesos productivos eran considerados inútiles. Con el surgimiento de las teorías eugenésicas de la segunda mitad del siglo XIX, que buscaban proteger a la sociedad de la proliferación de grupos marginales, se desencadena una alarma social y se evita la reproducción de las personas con discapacidades a través de la segregación y la esterilización.

Llegados a los años 50, llega un cambio importante apareciendo servicios de apoyo individualizado en la propia comunidad, muchas veces alentados por asociaciones de padres de deficientes.

García García (1998), señala que hubo una serie de factores que desencadenaron e hicieron posible este cambio en el tratamiento de las personas con discapacidades como el desarrollo de asociaciones de padres y la aparición de movimientos de voluntarios, la mejora de las expectativas sobre las posibilidades de aprendizaje de las personas deficientes, el cuestionamiento de las grandes instituciones para deficientes, su saturación y largas listas de espera para entrar en ellas, el avance de áreas como la biología, la medicina, la sociología, la psicología y la pedagogía y el impacto de las nuevas filosofías sobre servicios humanos como la normalización, integración e individualización.

EL CONCEPTO DE NORMALIZACIÓN

Se ha de entender, pues, la normalización como un proceso, en el que no se pretende que la persona se vuelva normal, pero que seguramente le pueda conducir a resultados positivos en cuanto a sus capacidades y comportamientos (Kebbon, 1987).

El proceso de normalización supone partir de una visión optimizadora y positiva de cada persona, fijándonos en sus posibilidades más que en sus limitaciones, con la finalidad de que cada persona, con las intervenciones educativas apropiadas, llegue a desarrollar sus potencialidades dentro de su entorno social.

Llegados a este punto la sociedad y la escuela, han de buscar, ofrecer y diseñar estrategias y recursos para responder a las exigencias que puedan plantearse en los distintos entornos.

Han pasado muchos años y se han producido muchos cambios desde que se excluía a las personas “diferentes” por considerarlas una amenaza para la sociedad, hoy se habla de volver “incluirlos” en una sociedad y en un sistema de donde nunca debieron salir. Sin embargo, la inclusión no sólo está en la legislación o en la normativa educativa, social o laboral, sino que la verdadera inclusión está en cada uno de nosotros, y las barreras también.

LA EXPERIENCIA DE LA INTEGRACIÓN

Desde hace tiempo ya hemos tenido una experiencia personal y directa con niños y jóvenes con diferentes discapacidades y que se encontraban en centros educativos en un entorno ordinario y normal, en estos casos casi siempre se habla de lo que el centro y los demás compañeros le aportan al niño con discapacidad, pero nos gustaría señalar lo que éstos aportan al grupo y a los profesores, desde nuestra modesta experiencia.

Nos vamos a referir a dos casos extremos no por su discapacidad, sino por su edad y por el régimen de escolarización del que estamos hablando, se trata de una Escuela Infantil privada en el primer caso, y en el otro polo de una Facultad de Humanidades y Educación, centros en los que desarrollan su vida académica sendos protagonistas.

Este recorrido nos permite observar distintos aspectos de cómo se inicia el proceso en los primeros años de vida y como termina con los últimos pasos académicos.

Cuando Jesús, un niño de dos años, ciego de nacimiento y con ataxia motora se matriculó en una escuela Infantil, Obra social de una entidad bancaria de carácter privado, los padres estaban llenos de reservas y de miedos sobre cómo iba a reaccionar su hijo, si los niños del centro le iban a rechazar, si los profesores lo aceptarían y si sabrían tratarlo, y cómo lo iban a llevar ellos mismos.

Sin embargo, el primer paso estaba dado, el centro lo había admitido.

Por parte del centro, tampoco fue fácil tomar la decisión, pues a pesar de una clara postura de aceptación del caso desde la dirección del mismo, bastante sensibilizada y con experiencia en el tema de la integración, aún quedaban muchos obstáculos por vencer. Entre ellos:

- *La falta de preparación de las profesoras*, ninguna tenía conocimientos de educación especial, aunque eran buenas profesionales con los niños, apenas tenían experiencia en este campo.
- *La entidad propietaria del Centro*, que dejaba en manos de la dirección la decisión pero con la condición de que no perjudicara la marcha normal del centro, las prestaciones y no supusiese contratar a más personal, se retrasarían las actividades o que requiriese una atención tan exclusiva por parte de la profesora responsable que descuidase a los demás niños.

Sin embargo, y a pesar de aceptar las condiciones impuestas y asumir el compromiso sobre todo esto, no nos sentíamos muy seguras de poder cumplirlo.

- *La falta de personal de apoyo*, cada profesora era responsable de un aula de unos 20 niños de 2, a 4 años a los que debían de atender todo el día, contando como único apoyo los alumnos/as que realizaban sus prácticas de Formación Profesional de la especialidad de “Jardín de Infancia” y que realizaban éstas sólo en determinadas horas y durante el periodo lectivo académico.

Sin embargo, hubo factores determinantes y positivos para que Jesús se quedara en el Centro:

- En primer lugar la aceptación y el compromiso incondicional que iba a suponer para todos desde el Conserje hasta la profesora responsable del aula el tener a un niño de estas características.
- Contar con una profesora de Apoyo de la ONCE que tres veces por semana acudía al Centro para apoyar a Jesús y ofrecer orientaciones, contando con la ventaja de que además, ésta le conocía perfectamente ya que le atendía desde su nacimiento.

Salvadas estas premisas y a partir de entonces, Jesús iba a ser uno más de la clase y del Centro, alumno que con una fuerza de voluntad envidiable, muy constante y con un humor excelente, iba superando poco a poco los aprendizajes y los obstáculos que iba encontrando a lo largo del curso.

Pensamos que Jesús aprendió muchas cosas durante su etapa preescolar por el hecho de haber estado en un centro normal, además de los contenidos y conceptos propios de esta etapa, sin embargo, también los niños del Centro y sobre todo los de su clase aprendieron cosas por el hecho de estar Jesús entre ellos:

- Aprendieron a responsabilizarse de “nuevas tareas”: acompañarle desde la

entrada a la clase, esperarle cuando cambiaban de actividad, colgar su abrigo e indicarle dónde estaban las cosas...etc.

- Aprendieron a ser más tolerantes, a convivir con niños diferentes en situaciones diferentes.
- En una edad donde los niños son muy egocéntricos todavía, sabían ceder y comprender a su manera las diferencias entre ellos, pues en las ocasiones que debían dejar a Jesús que se pusiese “delante en la fila”, no ocupar “un sitio apetecible” porque era en el que Jesús oía mejor a la profesora, o tenía más a su alcance las cosas, cuando era por estos motivos, cedían “de buena gana”, no así cuando lo tenían que hacer por otro compañero.
- Quizá podríamos definirlo como una actitud un poco sobreprotectora hacia un niño que en algunas cosas se encontraba en “desventaja”.
- Aprendieron que igual que hay niños “altos” y otros “bajos”, y unos “rubios” y otro “morenos”, hay niños que “oyen bien” y otros no, y a unos “no les gusta la verdura” y a otros sí, y unos “ven con los ojos” y Jesús “veía con las manos y con los oídos”.

¡Qué fácil les resultaba entender esto!, y que difícil en ocasiones para los adultos.

Pero no sólo Jesús y sus compañeros se aprovecharon de la experiencia . ¿Qué supuso tener a Jesús, y otros tantos niños como él con algún tipo de discapacidad en el centro?:

Al principio novedad, cierto estado de ansiedad sobre cómo poder resolver las situaciones del aula y si realmente íbamos a ser capaces de ayudarle.

Mayor motivación en el trabajo diario del profesor, nuevos retos, mayor coordinación entre todas las personas que tienen contacto con el niño.

Pero con el tiempo, satisfacción, por cada logro, todos los avances de cada uno de los niños son un motivo de satisfacción para el profesor que ve cómo su trabajo es recompensado, sin embargo, por el esfuerzo añadido entre profesor y alumno, los avances de Jesús, son celebrados de manera especial, convirtiéndose en un refuerzo para ambos.

El caso de Jesús no fue fácil, ciego de nacimiento, con ataxia motora, mala motricidad, sin controlar esfínteres, con muchos problemas articulatorios al hablar...etc, sin embargo, Jesús no era este diagnóstico, si no un niño de dos años muy alegre y que a pesar de hacernos trabajar mucho, nos dio a todos muchas cosas.

INTEGRACIÓN ENTRE ADULTOS. LA EXPERIENCIA DE LA UNIVERSIDAD

Haciendo un paréntesis en el tiempo, como si hubieran pasado más de 20 años,

nos situamos en la Facultad de Humanidades y Educación.

En cuarto curso de Pedagogía, otro alumno ciego nos dice a todos que está ahí, y que es un alumno y compañero más. Con una excelente capacidad intelectual y que conserva una buena memoria visual. Claudio es un buen compañero y un buen alumno, de los que no hacen “novillos”.

Algunos becarios le ayudan con los apuntes, pasándolos a ordenador, también en los desplazamientos.

Cuando se realizan las primeras experiencias de grupos de trabajo en el aula, en un principio sólo uno o dos compañeros entablaban una relación más directa con él, mientras que el resto mantenía contactos más esporádicas o accidentales, no le intentaban evitar pero parecía que se sentían inseguros en su compañía, sin embargo enseguida, la relación diaria con él, fue mucho más fluida y hoy forma grupo de trabajo con cualquier compañero de clase.

Una buena capacidad de relación, sociabilidad y comunicación, y ser una persona muy activa en el grupo hace que “no ver” no sea un gran obstáculo para los demás, y cuando surge alguno, los alumnos lo resuelven con “naturalidad”.

Si nos ponemos del lado del profesor, nuestra experiencia no podría ser mejor. Es un alumno que no te exige más trabajo, se sitúa en los primeros lugares con su máquina de braille hablado y va tomando notas y apuntes, incluso el sonido de sus teclas nos sirve de referencia para seguir hablando o hacer una pausa y que los demás terminen de tomar sus notas.

No suele faltar a clase, y escucha atento y respetuoso, es activo y muy receptivo, con muchas ganas de aprender. Sin escudarse en su limitación realiza todas las actividades del grupo y acude a las visitas y salidas que se programan como complemento a la asignatura.

Incluso los exámenes escritos no son diferentes para él, la tecnología ha facilitado que realice su examen con los demás, sólo con proporcionarle las preguntas en un *disquette* de ordenador, con la ayuda de su máquina lo lee y contesta en el aula.

Quizá sea el talento humano, social e intelectual del alumno, o que se trate de que hablamos desde una asignatura de pedagogía sobre “Integración laboral y Programas de transición a la vida adulta” en la que se supone que los alumnos que la cursan tienen cierta sensibilidad hacia la discapacidad, pero lo cierto es que cuando se termine el curso, le echaremos de menos, y estaremos seguros de que como en el primer caso todos habremos aprendido bastante.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- PALLISERA DÍAZ, M. (1996): Transición a la edad adulta y vida activa de las personas con discapacidad Psíquica. Barcelona. EUB.
- GARCÍA GARCÍA, E. (1998): La integración escolar: Aspectos psicopedagógicos (I) Cuadernos de la UNED. Madrid.
- KEBBON, L (1987).: Le principe de la normalisation, in IONESCU, S.(Dir) : L'intervention en déficience mentale, Vol. 1.